



AMAUTA

18

LIMA

OCTUBRE

1928

¿EXISTE UNA LITERATURA PROLETARIA?

"Monde", el interesante hebdomadario dirigido por Henri Barbusse, ha abierto esta encuesta, promoviendo un debate que encontrará, seguramente, largo y fuerte eco en las revistas literarias, artísticas y políticas. Del No. 16 de "Monde" (8 de Septiembre) traducimos para nuestros lectores las primeras respuestas, omitiendo sólo la de Paul Souday, crítico de "Le Temps" de París, quien no opina como artista, ni como político, ni como filósofo, sino como crítico ilustre, viejo, pedante y un poco zonzo. Hacemos gracia a nuestros lectores de esta opinión fastidiosa y acatarrada y los invitamos a seguir la encuesta en los números venideros de "Monde". Los puntos de vista de "Amauta" sobre la cuestión están ya, en parte, expresados. Pero los ilustraremos y completaremos en este debate. Que estas páginas sirvan, en tanto, a la iniciación del lector.

1º.—¿Crée Ud., que la producción artística y literaria sea un fenómeno puramente individual? ¿No piensa Ud. que pueda y deba ser el reflejo de las grandes corrientes que determinan la evolución económica y social de la humanidad?

2º.—¿Crée Ud. en la existencia de una literatura y de un arte expresivos de las aspiraciones de la clase obrera? ¿Cuáles son, según Ud., sus principales representantes?

ANDRE BRETON:

1.—Seguramente, la producción artística y literaria es como todo fenómeno intelectual, en el sentido de que no podría a su respecto plantearse otro problema que el de la soberanía del pensamiento. Es decir que es imposible responder a vuestra primera pregunta afirmativa o negativamente y que la sola actitud filosófica en semejante caso consiste en hacer valer "la contradicción" (que existe) entre el carácter del pensamiento humano que nosotros nos representamos como absoluto y la realidad de este pensamiento en una muchedumbre de seres humanos individuales de pensamiento limitado; hay ahí una contradicción que no puede ser resuelta sino en el progreso indefinido, en la serie al menos prácticamente infinita de las generaciones humanas sucesivas. En este sentido el pensamiento humano posee la soberanía y no la posé; y su capacidad de conocer es tan ilimitada

como limitada. Soberana e ilimitada por su naturaleza, su vocación en potencia y en cuanto a su objeto final en la historia; pero sin soberanía y limitada en cada una de sus realizaciones y en uno cualquiera de sus estados. (Engels: *La Moral y el Derecho. Verdades Eternas*). Este pensamiento, en el dominio en que vosotros me demandáis considerar tal expresión particular, no puede sino oscilar entre la conciencia de su perfecta autonomía y la de su estrecha independencia. En nuestro tiempo la producción artística y literaria me parece sacrificada enteramente a las necesidades que este drama, al término de un siglo de poesía y filosofía verdaderamente desgarrantes (Hegel, Feuerbach, Marx, Leutreamont, Rimbaud, Jarry, Freud, Chaplin, Trotsky), tiene de desarrollarse. En estas condiciones decir que esta producción puede o debe ser reflejo de las grandes corrientes que determinan la evolución económica y social de la humanidad, sería formular un juicio bastante vulgar que implicaría el reconocimiento puramente circunstancial del pensamiento haciendo prescindencia de su naturaleza fundamental, a la vez incondicionada y condicionada, utópica y realista, que halla su fin en si misma y no aspira sino a servir, etc.

2.—No creo en la posibilidad actual de una literatura o de un arte que expresen las aspiraciones de la clase obrera. Si rehuso creerlo es porque en el período pre-revolucionario el escritor o el artista, de formación necesariamente burguesa, es por definición inepto para traducirlas. No niego que pueda hacerse idea de ellas, y que, en condiciones morales que bastante excepcionalmente se presentan, sea capaz de concebir la relatividad de cada causa en función de la causa proletaria. Hago de esto, para él una cuestión de sensibilidad y de honradez. No escapará, por esto, a la duda remarcable, inherente a sus medios de expresión, que lo fuerza a considerar, en si mismo y para él solo, bajo un ángulo muy especial la obra que se propone cumplir. Esta obra para ser viable, exige ser situada en relación a ciertas obras ya existentes y debe abrir, a su turno, una vía. Guardadas todas las proporciones, sería tan vano alzarse, contra la afirmación de un determinismo poético, cuyas leyes no son impromulgables, como contra la del materialismo histórico. Lo afirmo, por mi parte, convencido de que los dos ordenes de evolución son rigurosamente parecidos y que tienen, además, esto de común que no perdonan. Lo mismo que las previsiones de Marx, en lo que concierne a casi todos los acontecimientos exteriores, sobrevenidos desde su muerte hasta nuestros días, se han mostrado justas, no veo lo que podría invalidar una sola palabra de Lautreamont tocante a los acontecimientos que no interesan sino al espíritu. Por el contrario, tan falso como toda empresa de explicación social distinta de la de Marx, es para mi todo ensayo de defensa y de ilustración de una literatura y de un arte llamados "proletarios" en una época en que nada sabría reclamarse de una cultura proletaria, por la excelente razón de que esta cultura no ha podido todavía ser realizada, ni aún en el régimen proletario. Las vagas teorías sobre la cultura proletaria, concebidas por analogía y por antítesis con la cultura burguesa, resultan de comparaciones entre el proletariado y la burguesía, a las cuales el espíritu crítico es completamente extraño. . . Es cierto que vendrá un momento en el desarrollo de la sociedad nueva en que la economía, la cultura, el arte, tendrán la más grande libertad de movimiento, de

progreso, pero no podemos entregarnos sobre este asunto sino a conjeturas fantasistas. En una sociedad que se habrá desembarazado de la abrumante preocupación del pan cuotidiano, en la cual las lavanderías comunales lavarían bien la ropa de todo el mundo, en la cual los niños — todos los niños — bien nutridos, sanos y alegres, absorverán los elementos de la ciencia y del arte como el aire y la luz del sol, en la cual no habrá mas "bocas inútiles", en la cual el egoísmo liberado del hombre — potencia formidable, — no tenderá sino al conocimiento, a la trasformación y a la mejoración del universo, — en esta sociedad, el dinamismo de la cultura no será comparable a nada de lo que conocemos del pasado —. Pero no llegaremos a ella sino a través de una larga y penosa transición que está toda todavía delante de nosotros. (Trotsky, *Revolución y Cultura*, "Clarte" 1º de noviembre de 1923). Estas admirables palabras me parecen hacer justicia una vez por todas, de la pretensión de algunos fumistas y de algunos embrollones que se la dan hoy en Francia, bajo la dictadura de Poincaré, de escritores y artistas proletarios, bajo el pretexto de que en su producción todo no es sino fealdad y miseria, de aquellos que no conciben nada más allá del inmundo reportaje, del monumento fúnebre y del croquis de presidio, que no saben más que agitar a nuestros ojos el espectro de Zola, Zola en quien buscan sin conseguir sus traerle nada, y que abusando aquí sin vergüenza de todo lo que vive, sufre, murmura y espera, se oponen a toda búsqueda seria, trabajan por hacer imposible todo descubrimiento y con la apariencia de lograr lo que saben ser inasequible: la inteligencia inmediata y general de lo que se crea, son al mismo tiempo que los peores contentadores del espíritu, los más seguros contra-revolucionarios.